El Gráfico

HISTORIA DEL FÚTBOL ARGENTINO

Argentina Campeón Mundial 1986

La delegación encabezada por el técnico Carlos Salvador Bilardo y capitaneada por Diego Armando Maradona había salido de Buenos Aires envuelta en el escepticismo y la desconfianza. Una vez en México, todo comenzó a cambiar. "Fueron los primeros en llegar, ¿por qué?", le preguntaron al entrenador argentino. "Porque vamos a ser los últimos en irnos", fue la rápida respuesta de Bilardo. Y no se equivocó. Partido tras partido, el equipo fue creciendo. Maradona confirmó con hechos irrefutables que era, efectivamente, el mejor jugador del mundo, convirtió estupendos goles, —uno inolvidable contra Inglaterra,— y lo que un mes antes parecía un loco sueño, se hizo hermosa realidad: Argentina volvió a adueñarse de la Copa del Mundo por segunda vez en su historia.

CAPITULO 11

adidas

¡Mama mía, cómo sufrimos!, fue el título de EL GRAFICO, tras la angustiosa clasificación para el Mundial de México, lograda con un agónico 2 a 2 ante la Selección de Perú. Ese domingo 30 de junio de 1985 nos bastaba con lograr un punto en el césped del Monumental para sacar el pasaporte hacia el máximo torneo. Cuando a los 12 minutos Pedro Pablo Pasculli derrotó al arquero Eusebio Acasuzo, pareció que todo se simplificaba. Pero llegó un tiro libre de Cueto, surgió en el área un cabezazo de Uribe y la sorpresiva aparición de Velázquez para superar a Fillol. Iban 23 minutos y todavía nos alcanzaba; aunque lo que sucedió a los 39' ya no, y silenció a la multitud. Una brillante maniobra de Cueto fue terminada en gol por Gerónimo Barbadillo, haciendo revivir los fantasmas de la eliminación de 1969, ante el mismo adversario.

Argentina empujó con desorden en el segundo tiempo. Nos estábamos quedando afuera sin remedio, con Diego Maradona anulado por Luis Reyna, su tenaz y poco deportivo perseguidor.

Faltaban diez minutos para el final, cuando el país futbolero encontró salida a sus emociones postergadas. Burruchaga la cruzó desde el centro hacia la derecha, la pelota sobrepasó a Velázquez, Oblitas y Valdano, apareciendo por detrás de todos Passarella. Daniel la paró con el pecho, y antes del cruce de Gastulo sacó el remate fuerte, con la pierna derecha. El balón rebotó en el palo izquierdo del arco que da al Río de la Plata y comenzó un increíble recorrido sobre la línea. Chirinos y Rubén Díaz corrieron a sacarla. Ricardo Alberto Gareca (quien había reemplazado a Julián Camino), cuando los nervios se apoderaban del equipo de Bilardo, corrió para meterla. Ganó el Flaco, puso la puntita de su botín derecho y salió festejando.

El grito de gol explotó en el crepúsculo invernal de Buenos Aires como una liberación. El alarido de la multitud, los puños arriba de Passarella y Gareca, los saltos y abrazos interminables en la cancha y en la tribuna contenían todos los elementos dramáticos que estallan cuando llega el momento supremo del fútbol. En la euforia total, casi dolorosa del instante final, se mezclaba también una fuerte sensación de alivio. Para llegar a ese éxtasis tuvimos que sufrir mucho. De la angustia al goce, del drama a la gloria, pasaron apenas segundos. Los que tardó la pelota en ir del pecho al pie derecho de Passarella, de ese pie al otro palo, de ese palo al centro del arco y desde allí, impulsada por Gareca, a la red del arco peruano. La explosión del gol sepultó lo anterior, enfervorizó a todos, nos envolvió en la alegría y el



festejo de ese empate que era triunfo. Así vivimos los últimos diez minutos en un estadio que trepidaba bajo la impaciente vibración de 80.000 personas.

Llegó el pitazo final de Romualdo Arppi Filho y el desahogo definitivo. Estábamos en México, borrando el obscuro recuerdo de no haber podido participar en 1970, al cabo de la siguiente campaña en el grupo 1 de las eliminatorias sudamericanas: 3-2 y 3-0 contra Venezuela, 3-1 y 1-0 ante Colombia, y 0-1 y 2-2 con los peruanos.

Con mirada retrospectiva y sabiendo todo lo dichoso que después vivimos en tierras aztecas, cabe la reflexión: *¡Y pensar que estuvimos a punto de no ir!*

Valioso debut ante Corea

El triunfo inicial no dio para la euforia, tampoco para la decepción. Fue valioso, más allá de la condición del rival —los entusiastas y limitados coreanos—, porque la victoria resultó fácil, cómoda, limpia e inobjetable. Era fundamental alcanzarla, porque haber perdido un punto —ni que decir los dos— en el debut y ante Corea, hubiera significado poco menos que una tragedia futoblística, además de complicar seriamente nuestras perspectivas clasificatorias en el grupo A, que compartíamos, además, con Italia y Bulgaria. Fue un inicio estimulante para los principales protagonistas, los jugadores, quienes necesitaban una inyección de ánimo después de todo lo vivido durante un proceso previo que no estuvo enmarcado precisamente en la felicidad y la despreocupación.

Antes del partido, disputado en el estadio Olímpico del Distrito Federal, todos teníamos nuestras grandes dudas. Las giras previas habían generado más incógnitas que certezas, como la extraña e inesperada derrota ante la ignota Selección de Noruega, sucedida en Oslo, el 30 de abril. Como si faltara algún detalle para desconfiar aún más, no jugaría en la presentación Daniel Alberto Passarella, líbero titular y héroe de la clasificación. El jugador de la Fiorentina de Italia presentaba un problema gastrointestinal que lo debilitó severamente.

Pero llegó el ansiado 2 de junio de 1986, y Argentina entró al campo con la confianza amasada dificultosamente en los 40 días de concentración en el club América, y estos hombres: Pumpido, Clausen, Brown, Ruggeri, Garré; Giusti, Batista, Burruchaga, Maradona; Pasculli, Valdano.

De entrada se observaron los enormes inconvenientes que tenía el juez español Victoriano Sánchez Arminio para controlar la violencia de los coreanos, que hacía centro, fundamentalmente, sobre la humanidad de Diego Armando Maradona.

Pero hubo pocas disquisiciones para hacer antes de la apertura del marcador. Corrían apenas cinco minutos, cuando Jorge Alberto Valdano conectó de derecha un centro pasado de Maradona para batir la resistencia del arquero Oh. La conquista tranquilizó a Argentina, que elevó la diferencia a los 18 minutos, en el momento de su mejor producción del partido. Diego ejecutó un tiro libre desde la izquierda, y la vigorosa aparición de Oscar Alfredo Ruggeri bastó para ganarle en el salto a Jung



Derecha y abajo: momentos culminantes de una angustia. Argentina perdía 2 a 1 con Perú el último partido de clasificación y sentía que se esfumaba su chance de estar en México. Pero llegó el minuto 80, centro pasado de Jorge Luis Burruchaga, que supera a la defensa peruana, Passarella que la baja con el pecho, su remate cruzado da en el poste. La arremetida y el empujón final de Ricardo Gareca se transforma en empate. Salvados.







El final feliz en el que no soñábamos cuando logramos la angustiosa clasificación para el Mundial: Argentina conquista la Copa del Mundo de 1986 y capitán Diego Armando Maradona pasea el trofeo en triunfo llevado en brazos de su hinchada.

Yong-Hwan, y colocar el cabezazo contra el palo izquierdo del arquero coreano.

Luego, Argentina empezó a conservar físico, ejercicio muy necesario en los más de dos mil metros de altitud del Distrito Federal, complicados por el smog de la capital mexicana y la alta temperatura en las horas del mediodía en las que se realizó la presentación albiceleste. También contaban las duras entradas de los adversarios a la hora de manejarse con prudencia.

Aún así, Valdano estiró las cifras al minuto del segundo tiempo, conectando al gol un centro bajo de Maradona, quien a su vez había recibido un buen pase de Pasculli. Llegó el descuento coreano, a cargo de Park Chang-Sun, pero su incidencia en el cotejo fue meramente estadística.

Se había dado el primer paso, aventando fantasmas. Los grandes equipos se van armando sobre la marcha, a medida que avanzan los torneos y son mayores las exigencias. Los grupos se hacen más fuertes a partir de las victorias. En un Mundial nadie regala nada, y Argentina ya tenía los dos primeros puntos. El objetivo inicial estaba cumplido. El mismo había llegado sin euforia ni decepción, casi como una consecuencia natural de la disparidad de calidades, y aportó algo que sería primordial para la escalada triunfal del conjunto nacional: la convicción de que se estaba por buen camino y la seguridad de que a los obstáculos había que sortearlos uno por uno.

Contra Italia asoma el gran equipo

Para Italia, campeón del mundo reinante, dirigido por Enzo Bearzot, perder frente a Argentina equivalía a un verdadero desastre, dejándola al borde de la eliminación, golpeada como estaba por su sorpresivo empate en el cotejo inaugural del certamen, ante la híbrida Bulgaria.

Argentina llegaba más desahogada, liderando las posiciones del grupo. Sin embargo, y a pesar de estos antecedentes, el conjunto del doctor Bilardo fue el que llevó siempre el peso de sostener el espectáculo, que fue presenciado por 40.000 personas, que se dieron cita en el estadio Cuauhtemoc, de Puebla.

Corrían tan sólo siete minutos, cuando Jorge Burruchaga cometió una ingenua mano intencional dentro del área argentina, que derivó en la pronta sanción de la pena máxima. No se equivocó el holandés Jan Keizer en el fallo, como no lo hizo Alessandro Altobelli en la ejecución, fuerte y a la derecha de Pumpido, para colocar un resultado ciertamente preocupante ante los reyes del cerrojo. Pero Argentina no se enloqueció; buscó los caminos con serenidad, sostenido desde el fondo por la mejor figura de la cancha: Oscar Alfredo Ruggeri. Bilardo había realizado dos modificaciones con respecto al conjunto del debut, incluyendo a Cuciuffo por Clausen y a Borghi por Pasculli.

El incesante martilleo argentino tuvo su justo premio a los 33 minutos, cuando Maradona empalmó estupendamente de aire un exacto pase de Valdano, para cambiarle el palo al arquero italiano Giovanni Galli y establecer la igualdad definitiva.

Lo que siguió fue una excelente demostración de Argentina. Contra muchos factores que parecían invitar al pesimismo. La experiencia del rival, su título conseguido en España '82, los buenos jugadores que lo componían, su inclinación al cálculo ejecutado a muerte y sin rubores, el famoso contraataque, la persecución asfixiante, los antecedentes desfavorables en Mundiales, donde jamás nos habíamos impuesto a los azzurros.

Contra todo eso jugó Argentina el partido del reencuentro con su verdadera esencia colectiva. Contra el gol de madrugada y la desazón posible. Jugó y ganó, más allá del mentiroso empate que quedó en las planillas. Fue mejor que el campeón del mundo en los tres resultados del transcurso —empatando, perdiendo, volviendo a empatar—, para terminar redondeando una imagen optimista y generosa. Tuvo a Ruggeri, el mejor defensor de la cancha. Tuvo a Maradona, el mejor delantero. Y más llegada que Italia. Fue el único de los dos que siempre pensó en ganar, aún cuando el esfuerzo y el resultado de mutua conveniencia sugerían la especulación.

Hasta los mismos mexicanos, inicialmente volcados a favor de Italia, terminaron reconociendo que había un solo conjunto con reales deseos de devolverles espectáculo a cambio de su dinero: Argentina.

Con Bulgaria se hizo fácil

Bilardo confirmó el mismo cuadro que tan buen trabajo había cumplido ante Italia, para el cotejo de cierre del grupo, contra Bulgaria, en el estadio Olímpico, el martes 10 de junio. A pesar de esa ratificación de confianza, la baja forma de Claudio Daniel Borghi le permitió al entrenador realizar un cambio que elevaría sustancialmente el rendimiento conjunto de allí en más. Ingresó por el Bichi en el inicio del segundo tiempo y se quedó hasta el final del certamen, aportándole al equipo dinámica y fútbol, casi por partes iguales, Héctor Adolfo Enrique, quien con su incesante despliegue, permitió la total liberación de Diego Armando Maradona.

Los búlgaros no fueron rivales de peligro en ningún pasaje del discreto partido. Parecieron entregados desde el comienzo, cosa extraña teniendo en cuenta que un eventual triunfo los clasificaba automáticamente, eliminando a nuestra representación. Al mismo tiempo, en Puebla, Italia daba cuenta de Corea por 3 a 2, abriendo esa chance que los jugadores de Bulgaria no supieron aprovechar.

A Argentina se le ofrecía el camino de la espera, ya que un empate lo catapultaba de igual forma hacia los octavos de final. Pero allí afloró la grandeza de miras de los hombres de Bilardo. Querían el primer puesto de la zona a toda costa. Se sentían los mejores y estaban dispuestos a refrendarlo sobre el terreno.

Y empezaron bien pronto con esa demostración de fuerza, porque Jorge Valdano, a los tres minutos de juego, ya había vencido con un cabezazo a Mihailov, el arquero búlgaro. Allí se produjo un cambio en los ritmos y en los tiempos del cuadro albiceleste. Menos movilidad, menos aceleración, más prudencia. A pesar de esa regulación del esfuerzo, se ganó bien, claro.

Sin problemas atrás —Pumpido no atajó ningún remate durante los 90 minutos—, sin problemas en el medio —el principal pareció ser el terreno

adidas

Tras la victoria inicial contra Corea, nos tocó enfrentar a Italia en Puebla. Un penal de Burruchaga convertido por Altobelli nos puso en derrota. Hasta que un pase por elevación de Valdano fue magistralmente rematado por Maradona para marcar el empate.

Argentina batió a Corea del Sur por 3 a 1. Abajo vemos el segundo tanto, concretado por Oscar Alfredo Ruggeri con un certero cabezazo al recibir un tiro libre colocado en forma matemática por Maradona. Valdano metió los otros dos albicelestes.







Nuestra Selección no tuvo problemas para superar a Bulgaria por 2 a 0. Muy pronto se puso en ventaja con este excelente remate de cabeza de Jorge Valdano ante un centro dirigido desde la derecha por José Luis Cuciuffo. Jorge Luis Burruchaga metió el segundo.



Los defensores coreanos se dedicaron a la caza del hombre contra Maradona, como en la escena.

resbaladizo— y con la facilidad adicional de que Sadkov fue el perseguidor más benigno que debe haber tenido Maradona en toda su carrera. Lo dejaba recibir y darse vuelta, lo que es peligroso ante cualquier delantero y directamente letal contra Diego.

Bilardo reencontró en este partido a otro de los hombres que se proyectarían como claves en su estructura. Jorge Luis Burruchaga; tras un par de partidos iniciales que lo tuvieron alejado de su nivel, empezó a levantar, con el acicate espiritual que le significó haberle dado cifras definitivas a la victoria por 2 a 0, al aprovechar con un justo cabezazo un centro de Maradona.

La batalla del Río de la Plata

Así la llamaban todos, en los días anteriores al clásico Argentina-Uruguay, que decidiría a uno de los clasificados para los cuartos de final del Mundial. Se restregaban las manos los rivales, pensando en que cualquiera de los dos grandes rioplatenses que triunfara lo haría al alto costo de varios lesionados y expulsados. Los uruguayos no venían con buenos antecedentes en materia disciplinaria en los partidos ante Alemania (1-1) y Dinamarca (1-6), pero, sobre todo, en el cotejo que decidió su angustiosa clasificación jugado ante los escoceses. Allí, el árbitro francés Joel Quiniou había expulsado por acción violenta al marcador lateral José Alberto Batista, cuando solamente transcurrían 53 segundos de juego. Los orientales defendieron la igualdad que los depositó en los octavos de final, pero no pudieron desembarazarse del concepto de mal intencionados con que se los había catalogado.

Era sin dudas una perspectiva preocupante la de enfrentarlos, más allá de la reciedumbre, inclusive. El único antecedente en campeonatos mundiales no nos era favorable, ya que los celestes nos habían superado 4 a 2 en la final del primer certamen ecuménico, disputado en Montevideo. Además, se trataba de un clásico, con todo lo que ello conlleva de imprevisible. En un partido de esa clase, los antecedentes futbolísticos casi desaparecen, porque pasan al primer plano los factores anímicos y emocionales, y eso no nos convenía para nada, por la sencilla razón de que nuestro cuadro era el que estaba jugando mejor de los dos.

Se esperaba la guerra y se vio fútbol. No en todo el partido, ni por todos los participantes, es cierto. Lo mejor estuvo en la etapa complementaria. En el comienzo dinámico, seguro, agresivo de Argentina, que contaba con la inmensa tranquilidad de haberse ido al descanso en ventaja por 1 a 0, con gol conseguido por Pedro Pablo Pasculli a los 41 minutos. En esa reanudación, los argentinos manejaron a su antojo el trámite del cotejo. Apareció el mejor momento del equipo de Bilardo en la Copa, hasta ese momento. Lo que había sido un equipo bien plantado y bien estructurado hasta los últimos 35 metros del campo contrario, se transformó en una fábrica de espacios vacíos, cambios de ritmo, llegadas a fondo por izquierda y por derecha, posibilidades de penetración y remate, repetida presencia de un hombre mano a mano con Fernando Alvez, el arquero uruguayo.

En esos 25 minutos iniciales de la segunda parte estuvimos para golear. Se comieron goles hechos Pasculli, ante hermosa entrega de Maradona, entrando por derecha y poniendo el pase rasante en la boca del arco; Burruchaga, a quien Pasculli dejó con todo el arco a su disposición luego de efectuar una gran maniobra por la izquierda; Maradona, pateando muy recto y permitiendo la tapada de Alvez; Valdano, servido genialmente por Diego en brillante maniobra de contraataque, por patear también al cuerpo del arquero, en vez de cruzarla al segundo palo, y aunque Maradona la puso adentro de arremetida, el juez italiano Luiggi Agnolín invalidó la jugada por plancha de Diego sobre Bossio; otra vez Valdano, porque luego de una perfecta jugada de Maradona-Burruchaga, su cabezazo pegó en Nelson Gutiérrez y se fue al corner. Un festival albiceleste hasta que la tormenta se cernió sobre el estadio Cuauhtemoc de Puebla, empezó a caer agua copiosamente y a llenarse el área argentina de zozobras, la mayoría de ellas elaboradas por Rubén Walter Paz, insólitamente destinado al banco por el técnico uruguayo Raúl Borrás. El ingreso del zurdo por el defensor Acevedo —de desafortunada participación en el gol argentino— fue vital para la levantada de los celestes. Ya estaba también en el anegado terreno el Polilla Da Silva, reemplazante de Wilmar Cabrera. Los orientales habían cambiado de planes. No más ollazos, ahora toque entre dotados, por más que las condiciones del campo dificultasen las buenas intenciones.

Hubo que agarrarse fuerte para soportar el chubasco futbolístico en medio de la borrasca y la visibilidad dificultada por la lluvia. El final de la lucha agigantó la presencia de Pumpido, quien debió jugarse varias veces ante las cargas de los orientales. Es cierto que fue un desenlace apretado y hasta angustiante. Pero en el balance global de juego y de situaciones, Argentina fue siempre superior, y ganó con total justicia por 1 a 0.

Ya se había superado holgadamente la mitad inicial de la Copa Mundial. Sin exponer todo nuestro potencial, nos encontrábamos entre los ochos mejores del campeonato, con la moral fortalecida por los triunfos y con un cuadro bien puesto sobre la cancha. Todavía sin la dinámica que fue desarrollando en los tramos definitorios de la hazaña, pero con una idea clara de lo que todos y cada uno debían hacer sobre la cancha, en defensa y en ataque. Se aproximaba Inglaterra, y si bien no estábamos para echar al vuelo las campanas de la euforia desmedida, sí mirábamos el porvenir con una razonable dosis de fe y optimismo. El equipo era otro, del cuerpo y del alma.

adidas
Todos los mundiales t
Adidas, el b



• *Octavos de final en Puebla contra los uruguayos. Ellos cambiaron la celeste por la blanca, nosotros la albiceleste por la azul. Triunfo argentino con este gol de Pedro Pablo Pasculli.*

En cuartos de final, ahora en el Azteca contra Inglaterra. El primer gol, que Maradona definió como el de "la mano de Dios". Con la mano superó la salida de Peter Shilton. El juez no lo vio.

•



ienen algo en común:
alón oficial.

adidas

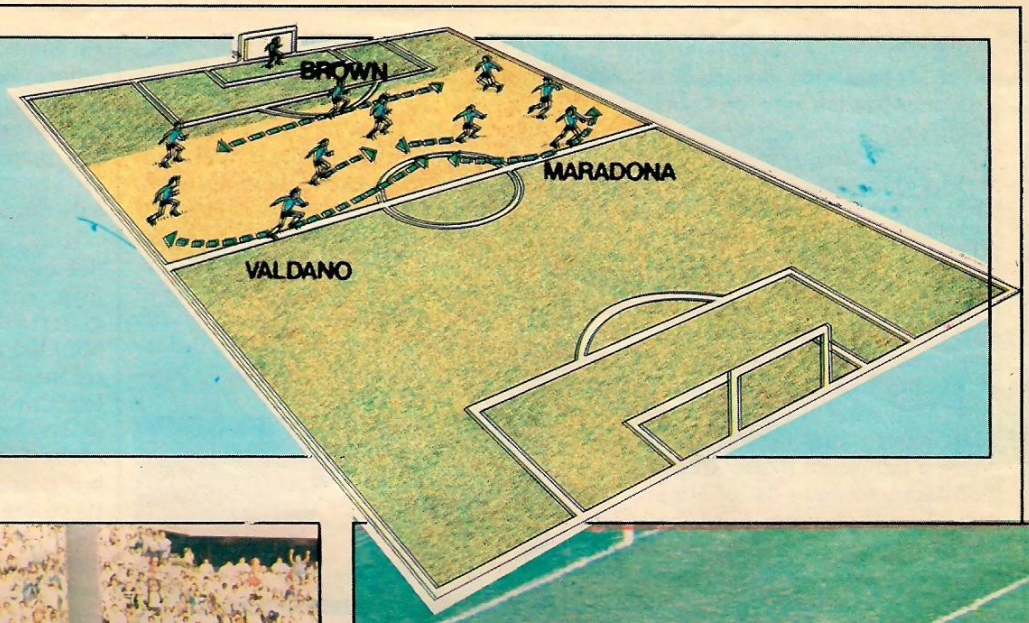




El golazo de la Copa. La gran conquista de todos los tiempos. El segundo contra Inglaterra. Arrancó más abajo de la media cancha dejando a dos ingleses en el camino. Aceleró y dejó atrás a un tercero. Enfrentó a Butcher (escena de arriba), le vendió el amague y se le fue por adentro. Llegando al área superó a Fenwick (segunda foto). Fue en busca de Shilton, lo dejará en el camino con gambeta hacia la derecha y definirá de zurda ante el arco vacío. Majestuoso. Inolvidable Maradona.



Así se paraba Argentina en defensa durante el Mundial de México. Cuando los nuestros perdían la pelota armaban un bloque monolítico, de media cancha hacia atrás, integrado por varios triángulos superpuestos: Valdano-Giusti-Batista sobre la derecha; Maradona-Enrique-Burruchaga a la izquierda, hasta llegar a Brown en el fondo.

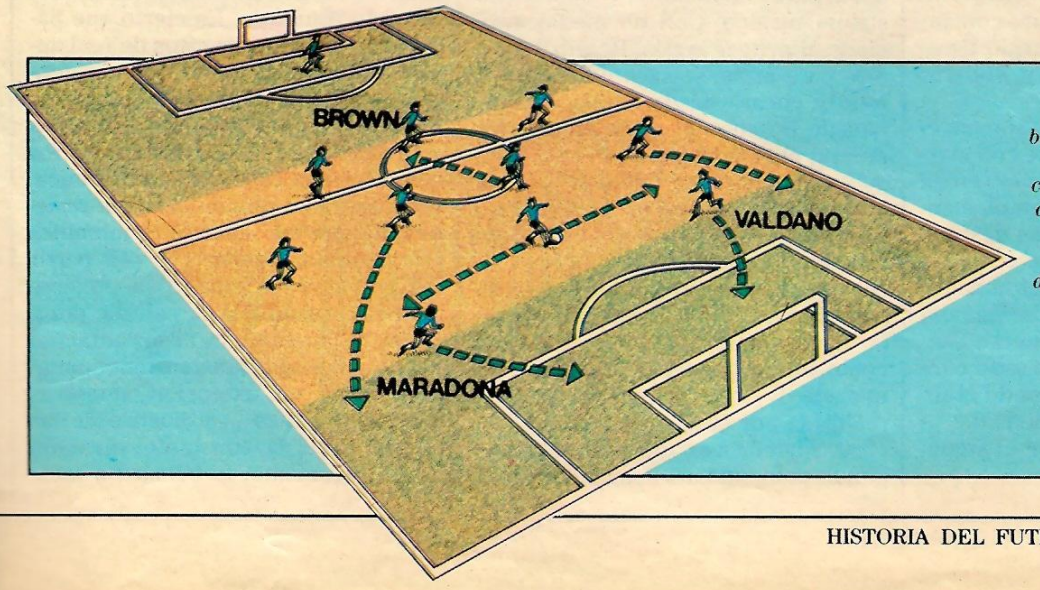






Maradona definió la semifinal contra Bélgica con dos impactos estupendos. En el primero, Burruchaga se cruzó de la derecha al centro y la tocó adelantada con la cara externa del pie derecho. Diego se cruzó en diagonal desde la izquierda y cacheteó a su vez de izquierda cuando salía Pfaff, para mandarla adentro.

Cuciuffo consiguió ganar un balón sobre el lateral izquierdo del ataque argentino y se la entregó a Maradona. Diego zigzagueó en forma electrizante para meterse entre dos rivales y cuando lo cruzaba Gerets, despachó el zurdazo alto al palo opuesto, que decretó el segundo de Argentina. Estábamos en la final.



Argentina en ataque. El bloque defensivo que hemos visto en la otra planta de cancha se trasladaba hacia adelante, hasta los últimos veinticinco metros de campo contrario sin desarticular su estructura. Con Valdano, Maradona, Burruchaga, Enrique rotando constantemente. Pero siempre con Brown como libero.

Nada que ver con el que había llegado a México casi dos meses atrás, con más dudas que certezas en el equipaje.

Ver a Maradona y despues gozar

El rival para los cuartos de final era Inglaterra, otro adversario incómodo para nuestras previsiones. Por la implicancia de los factores políticos derivados de la guerra de las Malvinas lo cual llevó a que se volviera a hablar en lo previo más de la conflagración que de un simple partido de fútbol; y por la historia, que tampoco era nada halagüeña para nosotros en los enfrentamientos frente a los ingleses en campeonatos del mundo. Nos habían ganado claramente en Rancagua, Chile, en 1962; y también lo habían hecho en Londres, en 1966.

Bilardo realizó una variante que algunos no comprendieron en lo previo, pero que terminó siendo fundamental para el curso positivo de los acontecimientos. Lo sacó a Pasculli, goleador exclusivo ante los uruguayos, y lo puso al Negro Enrique. El otro cambio fue obligado, porque Oscar Alfredo Garré llegó al límite de amonestaciones, produciéndose el ingreso en su reemplazo de Julio Jorge Olarticoechea.

La cita fue el 22 de junio, en el estadio Azteca de México, el que nos recibía por primera vez con una marcada e inexplicable hostilidad. Los mexicanos apoyaban a Inglaterra, que tres días atrás, en esa misma cancha, había logrado su pasaporte para enfrentarnos, con un concluyente 3 a 0 sobre el aguerrido Paraguay de Adolfino Cañete y Roberto Cabañas.

El primer tiempo pasó sin novedad en el marcador, aunque con marcada preeminencia argentina en el trámite del juego. En el complemento empezaron a pasar cosas destinadas a figurar para siempre en el archivo histórico de los Mundiales. Corrían 51 minutos cuando Valdano peleó una pelota con el zaguero Fenwick. El rechazo del inglés salió contra su propio arco, habilitando el ingreso de Maradona, quien fue a buscar en lo alto, igual que el arquero Peter Shilton.

El legendario golero británico quiso usar sus manos y no se encontró con la pelota, que impulsada por otra mano, la de Dios, se metió, picando lentamente hasta el fondo del arco. Los ingleses corrieron desesperados, pidiéndole al árbitro tunecino Alí Bennaceur que cobrara lo evidente, pero el juez dio gol, marcando impávido el centro de la cancha, como si le estuviera vedado intervenir en los asuntos divinos. Argentina 1 a 0. Justicia por un atajo, quizás, pero rápidamente corregida y aumentada por el gol más fantástico que se haya convertido en los 14 mundiales, a lo largo de más de 60 años.



El gol de todos los tiempos

Héctor Adolfo Enrique le dio la pelota a Diego Armando Maradona a pocos pasos de la línea que divide en dos el campo. Diego recibe de costado, la para con la zurda y empieza su slalom mágico. Con un medio giro, elude al primer inglés, Beardsley. La pisa para atrás, se saca de encima a Reid y encara desde media cancha. Le sale Butcher, el genio amaga por afuera, engancha para adentro y sigue viaje. Butcher también, pero a contramano. Ahora le toca a Fenwick. Golpe de cintura, conducción perfecta y ya se lo avizora a Shilton. Diego tiene una fracción de segundo para dudar entre el remate directo o la gambeta para asegurar. Le cruza como un relámpago en la mente la imagen de una formidable apilada realizada por él mismo en Wembley, 1980. Aquella vez fue remate al segundo palo, apenas desviado. Ahora es gambeta, caricia de la pierna izquierda y gol de todos los tiempos. Se va a gritarlo contra el banderín del corner. La gente enmudece y delira, guarda silencio y estalla, impactada por ser testigo de un día universal, único, irrepetible.

Aunque costara, hubo que bajar del cielo del festejo por semejante joya, para seguir enfrentando a Inglaterra, por los cuartos de final del Mundial de México, sobre el pedestre suelo que transitamos los mortales. Claro que esos dos impactos no se reciben gratuitamente. Los británicos los sintieron en el alma. Se indignaron primero, con algún atisbo de violencia que la obra maestra posterior eliminó definitivamente. Dicen que el fútbol es contagio, y los ingleses, después de ver lo que vieron, empezaron a producir su mejores instantes del campeonato.

Ya estaba en la cancha John Barnes, un negrito que jugando como puntero izquierdo neto empezó a complicarle la existencia a la defensa argentina, que hasta ese momento había tenido un cómodo tránsito hacia la semifinal. Los desbordes del moreno creaban preocupación. Primero preludió el descuento de Gary Lineker, quien sólo tuvo que ponerle la cabeza a un perfecto centro de Barnes, y luego casi provoca el empate. Fue cuando en otra de sus escapadas, superó la línea de Pumpido y providencialmente la pelota pegó en la espalda de Olarticoechea.

Argentina replicaba, y en una fuga de Diego, Tapia quedó con todo el arco para él. Metió el derechazo feroz —tanto que se desgarró en el acto— y la pelota rebotó en la base del palo izquierdo. Es cierto que pasamos algunos momentos de real angustia que perdimos el orden defensivo, con los stoppers Cuciuffo y Ruggeri como verdaderos mastines sobre Lineker y Beardsley; que los centros, vieja especialidad británica, comenzaron a obnubilarnos la resistencia; que en esos interminables nueve minutos postreros —a partir del gol inglés— empezó a ponerse más el corazón que la cabeza; pero, al fin de cuentas, la desorientación volvió a ser una ráfaga preocupante pero corta en extensión, mientras que todo lo otro —el cuadro de las ideas claras, la constante vocación de protagonismo, la búsqueda ince-

29 de junio de 1986. La gran final del estadio Azteca. Argentina enfrenta a Alemania Federal, que dejó en el camino a Francia. Hay tiro libre para Argentina desde la derecha. Lo ejecuta Burruchaga, la pelota supera a Schumacher y Brown, de cabeza, nos pone 1 a 0.



Notable maniobra de Jorge Valdano, llevando la pelota a través del campo, tras apoyarse en el escalón intermedio que le ofrece Héctor Enrique, para llegar frente al arco alemán. Cambia el perfil cuando sale Schumacher y la coloca en el segundo palo, decretando el 2 a 0.



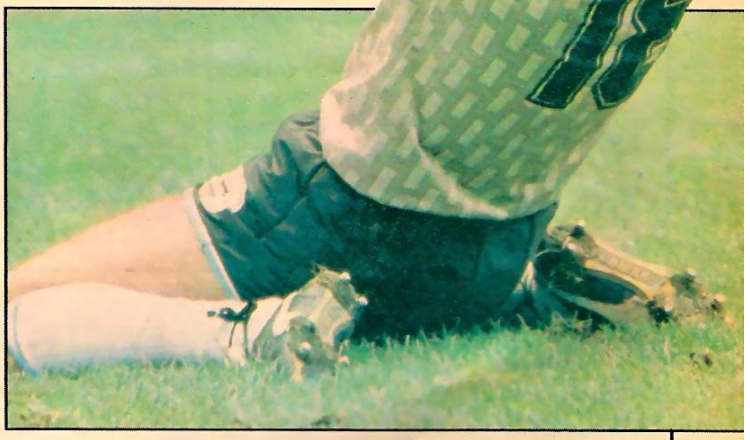


En una de esas reacciones a que nos tienen acostumbrados, los alemanes consiguieron empatar en dos tantos la final que Argentina ganaba cómodamente. Un notable pase de Maradona, una larga carrera de Burruchaga y el remate cruzado al palo opuesto definieron el Mundial. El grito de Burru. El festejo de Pumpido.



El conjunto argentino que inició la final del Azteca. Arriba: Sergio Daniel Batista, José Luis Cuciuffo, Julio Jorge Olarticoechea, Nery Alberto Pumpido, José Luis Brown, Oscar Alfredo Ruggeri, Diego Armando Maradona. Abajo: Jorge Luis Burruchaga, Ricardo Omar Giusti, Héctor Adolfo Enrique, Jorge Francisco Alberto Valdano. En los últimos minutos ingresó Marcelo Trobbiani por Burruchaga. Abajo, izquierda, el loco festejo en el vestuario. Ahí están Zelada, el profesor Echevarría, Galíndez, Cuciuffo, Garré con la Copa, Tapia, Pasculli, Ruggeri. A la derecha: arrodillado, Pumpido celebra a la distancia los goles que se marcan el arco de enfrente.





sante del arco rival— era más importante a la hora del balance.

Llegó el final tan deseado, y comenzamos la vigilia por nuestro rival de semifinales. En un par de horas más jugaban Bélgica y España. Bilardo salió disparado hacia el aeropuerto. Para él los festejos se acabaron en la cancha. Se fue a Puebla a estudiar al próximo adversario.

Aplastamos a Bélgica

Ahora, Argentina es equipo en serio. Macizo atrás, ordenado en el medio, creativo y contundente arriba. Ahora es conjunto en la solidaridad permanente, en los relevos que salen, en algunos movimientos que se adivinan incipientes pero efectivos.

Ahora es equipo, alrededor del genio desatado e incontrolable de Diego Armando Maradona. Las dos cosas unidas. Porque se gritan, porque se escuchan, porque se alientan, porque se ayudan, porque se protegen, casi como hermanos, más que como compañeros.

Genio y equipo; equipo y genio. Ellos y Carlos Salvador Bilardo, conductor *meticuloso*, obsesivo, implacable a la hora de pedir un esfuerzo más con la mayor de las legitimidades, porque es él el primero en dar el ejemplo, con noches en vela en la concentración del América, incluídas.

Argentina con su prestancia, con su jerarquía, con su tranquilidad, con su aplomo, transformó a uno de los partidos semifinales de la 13ª Copa del Mundo en un mero trámite administrativo. Porque eso fue el cotejo. Un conjunto dominante, otro subordinado.

La diferencia en el campo estuvo desde siempre, pero para trasladarse a las redes del Azteca necesitó del enchufe de un Maradona monstruoso, en el pináculo de su formidable carrera futbolística.

A los 51 minutos marcó un golazo de su sello, quizás no valorado lo suficiente por la obra de arte consumada por Diego tres días antes, frente a Inglaterra, y por la hermosa segunda conquista ante los belgas, conseguida once minutos después de la apertura.

Héctor Adolfo Enrique fue por el lateral derecho, Burruchaga encaró, metió el pase recto, *ahí llegó* Diego, encimado, incómodo, a contrapié, para entrar y adelantarse a todos con un prodigioso toque del revés de su botín zurdo. Gol de lujo. 1 a 0.

José Luis Cuciuffo la ganó en media cancha, se la alcanzó, Diego arrancó dejando parados a rivales que parecieron conspirados para cortejarlo, fue, fue, ahí clavó llegando hacia su izquierda, el remate alto, terminante, letal. Gol espectacular. 2 a 0.

Una lección de fe

Estábamos en una final del mundo por tercera vez en nuestra rica historia. Fuimos protagonistas de la primera, cayendo ante Uruguay, en Montevideo; y ganamos la undécima, ante Holanda, en 1978, haciendo justicia histórica con el viejo y querido fútbol argentino.

Estábamos ante la ocasión irrepetible de dejar una marca singular en el mapa de los tiempos. Costó tanto esfuerzo llegar hasta allí, hubo que vencer tanto descreimiento, tantas dudas propias y ajenas, tantos duros rivales, programados para ganar, como nosotros mismos.

Lo mejor de la instancia que vivimos los argentinos fue que ese equipo de cuestionados nos brindó un gran campeonato, pero antes que nada, nos dio una constructiva lección de fe.

Sí, bicampeones del mundo

Domingo 29 de junio de 1986. Argentina enfrenta a Alemania por la final de la 13° Copa Mundial. Los albicelestes llegan como favoritos, invictos y con el handicap de contar con un superdotado en vena creativa. Los teutones, dirigidos por el legendario Franz Beckenbauer, arriban en forma muy diferente. Habían superado su grupo clasificatorio con 3 puntos en 3 partidos: empataron con Uruguay, vencieron a Escocia y cayeron contra Dinamarca. En octavos de final le ganaron agónicamente al modesto Marruecos; en cuartos de final eliminaron a México por penales, en un mal partido que bien pudieron haber perdido. Se recuperaron parcialmente en la semifinal ante Francia, disputada en Guadalajara, donde jugaron mejor que su adversario, aunque haciendo pesar cuestiones históricas, más que un funcionamiento colectivo acorde con sus antecedentes. El conjunto dirigido por el "Kaiser" Franz no tenía nada que ver, en cuanto a calidad de jugadores, con aquellos formidables cuadros que él mismo supo integrar en sus tiempos como futbolista activo, cuando era capitán y patrón de las escuadras alemanas. Por Argentina salieron a la cancha: Pumpido; Cuciuffo, Brown, Ruggeri, Orlarticoechea; Enrique, Giusti, Batista, Burruchaga; Maradona y Valdano.

El gran árbitro brasileño Romualdo Arppi Filho pitó el comienzo y 100.000 personas sintieron en la piel el cosquilleo intenso y penetrante de estar ahí, en ese templo llamado estadio Azteca, asistiendo a la fiesta más grande del fútbol, que se vive sólo una vez cada cuatro años.

Movieron los alemanes, con la misma casaca verde que usaron cuando el equipo de Bilardo, en brillante exhibición, les ganara 3 a 1 en Düsseldorf, en 1984, el día que debutó Beckenbauer como técnico. Casi premonitorio para un viejo caballero como el entrenador de Argentina.

Muy bien parado el cuadro nacional desde el vamos, cumpliendo a la perfección el planteo pergeñado. Cuciuffo con Klaus Allofs, el hombre de punta con más traslación lateral del cuadro contrario. Ruggeri encima del viejo patriarca del fútbol germano, Karl Heinz Rummenigge, quien no llegaba al compromiso en su mejor condición física. Giusti apretando al manija adversario, el zurdo Félix Magath.





El gesto amplio, nervioso pero feliz, del hombre que cumplió su objetivo y lo disfruta plenamente: Carlos Salvador Bilardo. El cuerpo técnico en el que tuvo por colaboradores y amigos al doctor Raúl Madero, Carlos Pachamé, el profesor Ricardo Echevarría, influyó decisivamente en la campaña y en el éxito que los acompañó en el Mundial. Al día siguiente de la consagración, de regreso en Buenos Aires, los integrantes de la delegación argentina fueron recibidos triunfalmente en la Casa de Gobierno. En la foto se los ve a Diego Armando Maradona y al preparador físico Echevarría en los balcones del palacio gubernamental agradeciendo el saludo de la multitud.

ra en México '86: la mayoría
undial confían en ella.

adidas

Sin dejarle ni siquiera tocar la pelota. El Tata Brown en el fondo, atlético y concentrado como en toda la Copa, y agregando el toque de heroísmo cuando al caer mal, se sacó el hombro izquierdo de lugar y siguió en la cancha erguido y orgulloso, con su brazo en cabestrillo.

Y fue precisamente él, el hombre que conocía mejor que nadie a Carlos Salvador Bilardo, y el que más metido estaba en los afectos del técnico, el encargado de abrir el marcador, poniéndose las ropas del líbero moderno, ese que quita y sale, sumándose al despliegue ofensivo de su cuadro. Corrían 22 minutos, y Maradona obligó a Lothar Mattäus, su cancerbero, a cometerle una violenta infracción, sobre un costado del área, cuando Diego había tocado de taco para la subida limpia de Cuciuffo. Tarjeta amarilla para el infractor, tiro libre por Burruchaga, la cabeza impresionante de José Luis Brown para aprovechar la salida sin distancia de Schumacher y poner a Argentina 1 a 0 adelante.

Alemania estaba perdida, obnubilada, tensa. Esa dedicación obsesiva por anular al mejor jugador del mundo, sólo logró que se destapara su compadre, su lugarteniente en jefe: Jorge Luis Burruchaga, quien tomó la manija del equipo, para hacerlo jugar con el ritmo que él marcaba.

Apenas empezado el segundo tiempo, sin darle lugar a la esperada reacción germana, la Selección Nacional asestó un nuevo golpe, que parecía de nocaut. Salimos en contraataque con el escape del negro Enrique, quien habilitó a Valdano. Jorge encaró decidido para el área con el fundamento esencial de los goleadores de raza: los ojos bien abiertos para espiar hasta el mínimo movimiento del arquero. Cuando Schumacher dio el pase adelante para intentar achicarle el ángulo de disparo, el hombre de Las Parejas cambió el perfil a lo Labruna, y la cruzó al segundo palo, el festejo, cerca del banco, con todos apretados, sencillamente apoteótico. Parecía todo terminado. Pero con los grandes de verdad nunca se sabe, y Alemania, superada claramente en el juego y en el marcador, salió a jugarse el resto, aunque sea para dignificar una derrota hasta allí demasiado amplia para sus viejos blasones de gran potencia europea.

En el minuto 73, Enrique cedió un corner sobre la derecha. Lo tiró Briegel, Brehme la peinó a la pasada. La recibió Rummenigge, con dos argentinos clavados bajo los palos, y la tocó adentro. Estábamos para el 3 a 0 y nos teníamos que hamacar con el 2-1...

Alemania explotó la misma variante que Inglaterra. Los pelotazos aéreos eran nuestro talón de Aquiles. Y así llegó el empate. Faltando nueve minutos, con un cabezazo de Völler. Otra vez nos igualaban faltando menos de diez minutos para acabar la final del mundo. Igual que en el '78. En el banco, Bilardo pateó lo primero que se le puso al alcance. En la cancha, por suerte, las miradas cómplices de los muchachos se confabularon para el asalto final.

Otra vez Héctor Adolfo Enrique encarando, cuando le quedaban seis minutos al partido y se adivinaba la angustia y la agonía del suplementario El Negro estaba jugando la final con indeclinable vocación atacante, y con los mismos escasos complejos con que apilaba de pibito en los potreros de Loma Verde. Entregó a Maradona y surgió una jugada genial. El toque perfecto, el pase maestro del botín surdo de Su Majestad del Fútbol, Diego I de Argentina. Picó Burruchaga a su derecha. Pareció que la llevaba demasiado encima de Schumacher. Pero Burruchaga se sintió seguro. Eran su tarde, su momento, su final, esa que soñó en la canchita de Arsenal de Sarandí, donde debutó apenas cumplidos los 16 años.

No hay nada peor que un hombre fallándole a sus sueños, a sus fantasmas, desoyendo a las voces interiores que lo empujan a la gloria. Burru no falló, no podía fallar. Culminó la jugada como el definidor experto que es, quirúrgico, preciso, mortal para Alemania, vital para Argentina. La red se movió y 30 millones de gritos de gol barrieron las polémicas y los análisis rebuscados. Argentina era bicampeona del mundo, siendo fiel a sus ancestros, a su idiosincrasia de grande sin vueltas, a esa camiseta celeste y blanca que inauguró Jorge Brown con sus boys y volvieron a la cima los héroes del Azteca.

Esa tarde, después del partido, el cuadro argentino volvió para festejar a la concentración del club América en el que se vivieron momentos de gran emoción, previas a la partida del avión charter que habría de partir esa misma noche rumbo a Buenos Aires. Nadie pudo dormir durante el viaje: la alegría de los jugadores, sus cánticos, la Copa pasada de mano en mano, el júbilo por la conquista que alguna vez pareció imposible, hicieron que rechazaran hasta los somníferos que procuraba ofrecerles el doctor Raúl Madero, quien imaginaba una recepción espectacular en la Argentina y deseaba que los muchachos pudieran seguir, sin desfallecer, una jornada única.

Cuando el avión se posó en la pista del Aeropuerto Internacional de Ezeiza, pudo ocurrir un hecho desgraciado: la gente irrumpió de tal modo hacia lugares normalmente vedados, que la manga que conectaba la máquina con los pasillos hacia Migraciones, se movió de un lado hacia el otro y estuvo a punto de caerse, con consecuencias imprevisibles. Desde allí, la caravana hacia la Casa de Gobierno, con una multitud a la vera del camino aclamando a los campeones, quienes después de saludar al Presidente Raúl Alfonsín salieron a los balcones —a los famosos balcones de los grandes anuncios— y recibieron el homenaje maravilloso del pueblo que colmaba la Plaza de Mayo como reconocimiento inequívoco para quienes habían hecho vivir horas inolvidables.

Para Carlos Bilardo y su grupo de colaboradores férreos y cercanos (Carlos Pachamé, Raúl Madero y Ricardo Echevarría) ese fue el momento más extraordinario de sus trayectorias deportivas. Habían logrado más que una vuelta olímpica, más que un éxito futbolístico trascendente, más que una gloria circunstancial: habían conseguido que triunfara el ideal por el que lucharon mancomundamente la vida entera, compartiendo gloria y fracaso, soportando críticas despiadadas, sorteando campañas malintencionadas que partieron desde divesos sectores —aún oficiales—, desafiando a los infaltables agoreros. Junto a ellos, otro hombre que tuvo mucho que ver en el triunfo porque fue el que creyó en Bilardo y en su gente y la defendió enfrentando grandes riesgos políticos: Julio Grondona, un tozudo conocedor y amante del fútbol, un hombre de objetivos claros, que se sumó a esta gesta aportando su experiencia, sus vinculaciones con los máximos niveles directivos mundiales, su pasión y su prestigio.

Argentina instalaba su nombre en lo más alto. Y para siempre.